

habéis elegido á Rompealmas para libraros de él? ¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir á molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló á los electores:

—Los diputados, para librarse de su compañía en la Cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después... el presidente del Consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se hable de Rompealmas para suceder á Fallières en la presidencia de la República.

## El señor Cero-á-la-izquierda

*Niza, 1906.*

De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles á medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un suave paisaje de Corot. Aquí una choza triste rodeada por jardines prolicromos; allá una moza vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso é interminable serpenteando en el valle como una tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular como el margen de un libro cuyos pliegos rompemos sin paciencia, nerviosamente, con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco andar, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí trópezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola ó en una página de Gorki.

Sus manos groseras y mugrientas cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de

mimbre y de caña; los pétalos temblaban entre la brusca tenaza de sus dedos, como se estremeció el busto frágil de Ana Bolena al contacto del verdugo londinense. Es una de las crueldades necesarias para la industria de los perfumes; ¿cómo podría comprender el rico burgués de Grasse que las rosas pálidas deben ser recogidas por manos galantes y agonizar entre los senos de una Afrodita hermosa? Menos lo comprenden estos infortunados campesinos que en cosechar las rosas ven sólo un oficio; á fuerza de recogerlas durante muchos años no sienten ya su perfume, ni deleita su vista el matiz suavísimo de las corolas sonrientes á la tibieza del sol, ni cosquillea sus dedos el suave contacto de los pétalos sedosos. Trabajan como bueyes uncidos á un yugo, sin cariño por la tierra fecunda ni por las flores aromosas como incensarios. Sin embargo, á la distancia, sus espinazos encorvados parecían cuellos de viejos cisnes oscuros y el cuadro despertaba evocaciones poéticas: un carmen de Horacio ó una tela de Millet.

¿Por qué no entrevistarles sobre la actualidad política de Francia? Presidente nuevo, senadores nuevos, inminente renovación de la Cámara de diputados y otras novelerías de bulto pesan sobre sus hombros. Son ciudadanos, y como tales la Constitución les concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernante. ¿Qué piensa de «todo eso» el señor Cero á-la izquierda?

\* \* \*

Al acercarnos, los tres se irguieron á medias y nos dieron los buenos días, tímidamente, en su dialecto endiablado, mezcla de marsellés y piamontés con alguna pizca de castellano. Fácilmente hici-

mos cordial amistad, mediante un cigarrillo por cabeza, procedimiento habitual entre los visitadores de manicomios. Charlamos del tiempo, de las flores, del trabajo, de los extranjeros que llegan á Niza huyendo el espantoso clima invernal de París —bruma, lodo, lluvia y meretrices—, y charlamos también de otras cosas inútiles como preámbulo á la más inútil de todas para ellos: la política.

—¿Habéis oído hablar del nuevo presidente?

El viejo se encogió de hombros y agregó, señalando al más joven:

—Yo soy un trabajador honesto y no me gustan las intrigas. Este sí lee los diarios y el otro día nos contó que ahora han inventado otro presidente.

El joven, que acechaba la ocasión de hablar, intervino de prisa:

—Yo soy un ciudadano y un patriota. Sé que el nuevo presidente se llama Fallières y puedo asegurar que debe ser un gran hombre...

—¿Por qué debe serlo?—interrumpimos.

—Porque lo han nombrado presidente. En Francia no es presidente cualquiera; tiene que ser un hombre extraordinario, como antes era el rey. Por eso nos manda á todos.

—¿Usted lo ha visto alguna vez?

—Personalmente nunca; pero salió el retrato en *mi* diario. ¡Ya lo creo que me gustaría verlo! Debe ser un hombre hermoso, alto, robusto, sabio, muy bueno...

—¿Y qué más?—interrumpió con sorna el otro joven.

—No le haga caso, buen señor: á éste le llamamos «el loco». Se ríe de los que nos mandan: no quiere comprender que un presidente no es un hombre como los demás. ¡Pues sí! Yo cursé toda la

escuela elemental, presté mi servicio en el ejército y soy ciudadano de la Francia, que es el primer país del mundo. Y tengo derecho de asegurar que un presidente es el hombre más sabio y más bueno...

—Está bien; pero no tanto como lo era el rey, ni como lo es el cura de nuestra parroquia; ¡no exageres!—corrigió el viejo.

—Fallières es más sabio y más bueno que el rey, que el cura y que todos; para eso es presidente.

Mientras el viejo cabeceaba negativamente, el loco nos dijo cabeceando:

—Ya ve, señor. Todo está en averiguar si el cura y el rey son mejores que el presidente. Yo siempre les digo que son iguales y que son hombres como nosotros; por eso me llaman el loco.

—¿Como nosotros?—exclamó el viejo persignándose.

—¡Claro! Nosotros nos ocupamos de nuestros oficios y ellos de los suyos. Estos simples no quieren creer que juntar rosas es tan importante como decir misa ó hacer discursos; aparte de que es más lindo...

He ahí tema para un cuento anarquista de Octavio Mirbeau.

\* \* \*

El ciudadano lector de su diario creyó justificarse con estas palabras:

—Yo, señor, no soy un tonto como él. Yo no pienso con mi pobre cabeza de ignorante, no tengo esa pretensión: yo repito lo que dice *mi* diputado cuando viene á pronunciarnos un discurso muy lindo, ¡viera qué discurso! Ya se lo he oído á él

mismo tres veces y siempre me hace llorar de patriotismo, porque, además de republicano, es radical. ¡Y qué radical! Habla sin cortarse nunca y le han tomado el discurso en esas máquinas que hablan solas.

—En el fonógrafo.

—Yo no necesito saber el nombre de la máquina. Pero cada mes, cuando bajo al pueblo, me gasto diez céntimos para oírlo de nuevo...

—Sí, sí. ¡Harias mejor en oír todos los domingos los sermones del cura! Y son más buenos porque siquiera algunas veces son diferentes y no hay que pagar diez céntimos para oírlos. Además, el cura dice siempre la verdad, lo mismo hoy que hace cincuenta años.

El viejo temblaba de emoción al pronunciar estas palabras.

—Pues yo, señor, me quedo con lo que dice *mi* diputado. Este viejo no lo quiere porque los diputados son amigos de los presidentes y ahora éstos se han peleado con los curas. Pero la verdad es...

—El cura dice que entre los presidentes y los diputados les han robado todos sus bienes á los que van á la iglesia.

—¡No es cierto! Esa es la ley que se llama de la separación de la Iglesia y del Estado. Y la ley no la hacen los presidentes y los diputados, la hace el pueblo, el pueblo soberano, desde que la gran Revolución rompió sus cadenas...

Y él loco, al desgair:

—¿Y quién es el pueblo?

—Los ciudadanos, nosotros.

—¿De manera, que tú eres el pueblo?

—¡Sí; en la escuela he leído los derechos del hombre!

—¿Entonces, tú has hecho esa ley de la separa-

ción?—gruñó el viejo, entre indignado y sorprendido.

El ciudadano se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

\* \*

—A mi no me agarran más esos charlatanes —dijo el loco—. Primero nos dicen que somos ciudadanos, que nos van á proteger, que nos aumentarán el jornal, que los grandes destinos de Francia están en nuestras manos, que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, y mil paparruchas agradables al oído, hasta que llega el día de las elecciones. ¡Y los viera, señor! Vienen de chambergo á visitarnos en nuestras covachas nos dan una palmadita en el hombro, nos tutean, felicitan á nuestras mujeres por su buena salud, se sientan los chicos sobre las rodillas sin fijarse en que les ensucien los pantalones recién planchados, y al irse nos aprietan la mano con gran efusión ó nos pagan un ajenjo barato en la taberna vecina. Parecen viejos amigos...

—El mío lo es de verdad—repuso el ciudadano.

—¡Ya se ve! Hasta el día de las elecciones. Ese día nos llevan á votar como carneros.

—¡Eso no lo dirás! ¡Te consta que *mi* diputado nos manda buscar en birloche y que en la fonda de la Fraternidad Republicana tenemos almuerzo y beberaje gratuitos!

—¡Si! Pero al día siguiente... si te he visto no me acuerdo. Gran galera, gran levita, gran cuello; ya no nos saludan cuando pasan por el camino mientras nosotros sudamos la gota gorda en el trabajo; y de yapa, si no tenemos cuidado, nos aplastan una criatura con esos coches que andan muy ligero sin caballos. ¿A mí? ¡Mani! Que le cuenten á

otro que los destinos de Francia están en nuestras manos; yo no creo en la política.

—Haces mal—replicó el ciudadano—. La Francia, como dice el discurso de *mi* diputado, es la madre de todos nosotros, y á ningún hijo pueden serle indiferentes las cosas de su madre.

El viejo opinó con mucha calma:

—No, hijo mío. La madre es la Iglesia, como enseña el cura los domingos. Lo que el loco dice de los diputados de ahora es la pura verdad, se rien de nosotros. Yo voté la otra vez por el mismo por quien tú votaste; pero fué porque el patrón del campo me iba á despedir si no lo hacía. Sin embargo, me confesé la mañana siguiente y el cura me perdonó con tal que no lo hiciese más.

—Pero volverá á hacerlo en las elecciones de Abril, porque usted, aunque viejo, es un ciudadano libre y por eso tiene que hacer lo que diga *mi* diputado.

—¿A eso le llamas ser un ciudadano libre?—dijo el loco—. Se conoce que has ido mucho á la escuela y sabes leer *tu* diario. Con razón estás orgulloso de ambas ventajas...

—A ti también te despedirán por loco.

—Puede ser. Pero yo no soy viejo todavía y encontraré trabajo en cualquier parte. Yo no voto, yo no voto más, porque *tu* diputado es un embrollón. Antes de las elecciones me prometió una plaza de chauffeur en ese coche que anda muy ligero sin caballos y después me plantó...

\* \*

—¡Se conoce que el despecho te hace hablar! Si hubieras oído la parte de *nuestro* discurso que explica las nuevas leyes que van á hacer...

—¡Linda cosa! Eso de las leyes nuevas hace un siglo que lo repiten. Para mí las leyes son simples torniquetes para sacarnos la plata de los bolsillos. Cuando hemos trabajado un día entero para juntar un carro de rosas y las llevamos á la fábrica, nos cobran tres sueldos, porque dicen que hay una ley; cuando sube el precio del pan, el panadero dice que hay otra ley; cuando murieron el tata viejo y mi angelito inocente, tuve que pagar para enterrarlos, porque hasta para morir se han inventado una ley especial. ¡Estamos frescos si *tu* diputado sigue haciendo leyes nuevas!

El viejo quiso poner las cosas en su lugar:

—No hay que hablar mal de las leyes; toda ley es justa y respetable. Dios, cuando hizo el mundo, hizo también la ley. La Santa Madre Iglesia tiene sus leyes y el rey también las tuvo. Lo malo es que ahora quieren echar á todos los reyes y separarse de todas las iglesias; eso es lo malo.

—No, no es eso—interrumpió el loco.

—Sí, muchacho; eso es. Ahora los que hacen las leyes son hombres que hablan; el cura dice siempre que estas leyes de hoy no son más que habladurías y que pronto se van á acabar.

—¡Nunca!—rugió el ciudadano—. *Mi* diario dice otra cosa; el presidente Fallières va á aumentarlas para hacer respetar los sagrados principios de la Revolución francesa, los inmortales derechos fundados en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

—¡Oh ingenuo!—exclamó el loco, riendo á mandíbula batiente—. ¡Nuestra libertad... y si no votamos por *tu* diputado nos despiden del trabajo! ¡La igualdad entre los que pagamos cada ley que ponen y los que cobran sueldo para ponerlas! ¡La fraternidad que nos rehusa la mano después de las elec-

ciones y nos aplasta la criatura con el coche que anda ligero sin caballos!

El asunto del automóvil le hervía en los sesos.

\*  
\*\*

La discusión entre ellos se agriaba; resolvimos cambiar tema. Pocas conversaciones políticas nos han parecido más interesantes que ésta, cuya disparatada ingenuidad deja traslucir la verdadera mentalidad política del campesino francés. Nos dirigimos al viejo:

—¿Ha oído hablar de la guerra entre Rusia y el Japón?

—No los conozco; deben ser reyes de ahora ó presidentes.

—Son dos países.

—¿Países?

—Sí; dos países, como Francia y Alemania.

—Antes no había tantos. He oído hablar de la Italia y de que hay ingleses. Esos otros deben ser cosas nuevas. ¡No le decía yo que todo anda mal! Los diputados, además de hacer leyes nuevas, inventan países nuevos para que haya más guerras.

—¿Le parecen malas?

—Ya lo creo, pero no hay remedio. Cuando el rey de Francia se enojó con el de Alemania, tuvimos que ir á la guerra todos los pobres. Me acuerdo que fué mi padre, que fueron mis tres hermanos y yo también fui. El viejo y mis dos hermanos murieron. ¡Pobrecitos! nunca habían hecho mal á nadie...

El viejo se enjugó algunas lágrimas con el faldón de la chaqueta. Y siguió:

—A mí me hirieron en un brazo, pero estoy contento porque me dieron una cintita azul. ¡Lástima

que no pueda usarla, pues nunca bajo á la ciudad!...

—¿Y por qué fueron á la guerra?

—Eso es otra cosa. Hay que ir porque el rey lo manda. Por eso no me gustan los reyes que se enojan; ellos se enojan y los pobres tenemos que hacernos matar.

—¿Y ellos?

—Ellos se arreglan cuando nosotros estamos todos muertos. Pero hay que tener paciencia; la guerra es un castigo que nos manda Dios y hay que saberla sufrir con resignación. Dice el cura que si Dios no quisiera no habría guerra.

—¿Pero, entonces, la culpa no es de los reyes?

—Ahora no; ahora es de los presidentes...

El ciudadano ardía por interrumpir y acabó por hacerlo:

—La guerra—dice *mi* diputado—es para defender á la Francia, que es la madre de todos nosotros; debemos ir aunque no sepamos por qué.

—Y aunque nos maten...—refunfuñó el loco.

—¡Naturalmente! Si hubieras oído á *mi* diputado no hablarías con tan poco juicio. Aunque no lo dice muy claro, porque en política nunca se debe hablar claro, da á comprender que todos los alemanes son unos pícaros y quieren matarnos á todos los franceses de por acá, como ya mataron á todos los de Alsacia y Lorena; y dice también que si vienen los ingleses nos van á robar toda la plata...

—¡Qué lástima!—comentó el loco—. ¡Ya no tendrás diez céntimos para oír cada treinta días el discurso de la máquina que habla sola!

—Ya ve, señor—nos dijo el anciano—: los hombres de hoy no se entienden más desde que han inventado la política. Antes todos éramos como hermanos. Nos quitábamos el sembrero para pro-

nunciar el nombre del rey, los hijos pensaban como los padres, el cura nos daba buenos consejos y no había que pagar nada para llevar á la fábrica un carro de rosas. Ahora es otra cosa: el pobrero no se entiende, parece que en estos campos hubieran sembrado alguna hierba mala. Los muchachos se ríen de los viejos, los diputados nos hablan de cosas que ni ellos comprenden, los patronos nos llevan á votar, á los curas les faltan al respeto y cada día inventan otra ley para que paguemos ahorrando sobre la comida... Y á todo esto le llaman la política, la república y qué sé yo.

—Los viejos no pueden comprender esto, pero los ciudadanos lo entendemos muy bien. No conocen las glorias de la Revolución francesa ni los derechos del hombre.

\* \* \*

Amenazaba recitar otro capítulo del discurso de *su* diputado cuando el loco le advirtió que asomaba á lo lejos la silueta del dueño de las perfumerías de Grasse. Los tres volvieron á su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes oscuros.

Solamente el loco se atrevió á despedirse; nos guiñó el ojo picarescamente, señalando al ciudadano:

—¡Este no quiere convencerse de que es un Cero-á-la-izquierda!